

Escribir sin papel

Poemas



CANCIÓN DE JOEY

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en www.escribirsinpapel.es
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



CANCIÓN DE JOEY

A prison wall was round us both,
Two outcast men we were:
The world had thrust us from its heart,
And God from out His care:
And the iron gin that waits for Sin
Had caught us in its snare.

O. Wilde *The ballad of Reading Gaol*

Despierta cada día
con el zumbido tibio
de la cafeterita
que hierve al fuego limpio
en el cuarto de guardia de la planta;
y corre el ruido y sube
mezclado con la radio
por el pasillo arriba,
rellenando el espacio
helado de las celdas de la cuarta.

Y luego, el mercancías
que atraviesa aburrido
estos páramos, triste
de hacer siempre lo mismo;
y la cisterna que gotea el agua
de la 4-14;
y el silencio insolente
que recorre los cuerpos
dormidos en las verdes
arrugas sudorosas de las sábanas.

En la ventana, el mundo,
por detrás de la reja,
se les esconde a veces
tras un telón de niebla
como el bostezo de los niños blanca.
Y parece esos días
que el mundo se ha borrado
o que nunca lo hubo
y que sus cuatro lados
son los barrotes, la tierra enrejada;

y que todos los hombres
que el sol ha conocido
son estos ojos sólo
con el miedo escondido
tras la manera de mirar la nada
como si viesen todo,
como si el pozo huero
fuese un nido de tordos,
como si un pozo seco
apagase la sed de las gargantas.

Aumenta el guardia entonces
el ruido de su radio
que acompasa los lentos
bostezos presidarios.
Y se remueven todos en sus camas,
y acomodan al ritmo
del sol amanecido
la pereza perpetua
que aún los cree dormidos
con sus ojos cargados de legañas.

La procesión comienza,
los amigos se buscan
en la callada hilera
de cuerpos en ayunas.
Hoy no hay risas, no hay bromas. Hoy no cantan:
bien saben que ese día
su café es más amargo;
y saben que esa noche
hará la muerte un alto
a la celda de alguno convocada.

Asesinos convictos,
violadores negros,
mestizos proxenetas,
blancos que a puro hierro
cuentan más muertes que besos contarán.
Su mirada es la historia
de horribles fechorías;
se borra su conciencia
en el ayer perdida,
con su orgullo de no sonreír a nada.

Entre ellos caminaba
Joey Santamaría,
nacido hace veinte años
mecido por las brisas
que al sur de Santa Mónica soplaban;
preso hace muchos meses
por matar con su mano,
blanca de niño y fuerte
como de un hombre bravo,
a una chiquilla triste en una cama.

Pero Joey sonrío
por más que la sentencia
que confirma su muerte
en una silla eléctrica
(bien que lo sabe él) ya esté firmada;
Santamaría finge
que no conoce el miedo
y bromea con todos
y desafía al cielo
que cada día duerme en la ventana.

Su mirada de niño
se alumbra cuando encuentra
paseando en el patio
la sonrisa reseca
y orgullosa del que es su camarada:
Tadeus Morgan, muchos
años mayor que el chico,
muchas más veces preso
mucho más conocido
atrevidas por muchas más hazañas.

¡Cuántas familias lo odian!
¡Cuántos jueces lo miran
mientras leen la firme
sentencia! Policías
a cientos han gastado sus jornadas
para entregarlo preso.
A todos de soslayo
él los mira y escupe
colmillo afuera su asco
sin importarle de ninguno nada.

El chico lo venera
como a un héroe antiguo
y recortada mira
su cabeza de rizos
sobre el muro infinito que los guarda.
A su lado se siente
más feliz el muchacho.
Sus palabras le sirven
aromas del pasado,
cuando era libre y aún tenía una casa.

Porque Morgan no teme,
no cuenta sus minutos
ni se angustia aunque sepa
que el caminar del mundo
se detendrá para él esa jornada;
esa noche, a las doce,
su cuenta de ponientes
habrá llegado al último
según dicta indeleble
la tinta en la sentencia que le aguarda.

En su media sonrisa
el cielo no se nubla
ni a sus ojillos sale
crisantemo de angustia
sino que ríe y canta a la mañana.
Eso a todos da fuerzas
los condenados. Siente
Joey Santamaría
un olvido y al verle
de pronto escapa al miedo que lo abrasa.

* * *

La tarde inexpresiva
escucha vagamente
algún rezo lejano
entre el calor silente,
el cansino paseo de los guardias,
la tristeza aburrida
que llora sobre el plato
de la fuente, las nubes

cielo arriba cantando,
las alondras llamando a las ventanas.

* * *

El odioso cortejo
cruza las galerías.
En los rostros la recta
cara de la justicia.
Labios cerrados guardan la arrogancia.
El cura y el alcaide,
el juez y los verdugos.
La apariencia del peso
del deber. Lo profundo
abriga satisfecha su jactancia.

Sin color en los ojos
conducen al cautivo
-a la espalda las manos-
por los anchos pasillos
espiados por mil puertas cerradas.
Pero Morgan sonrío
en su cara el desprecio
y su media sonrisa
parece un cielo abierto
sin que el miedo la tenga conquistada.

Lo sientan en la silla
y ajustan a sus brazos
y a sus piernas y al cuello
los correajes blancos
que a fuerza impedirán que mueva nada.
Miran todos atentos
en el reloj las doce.
Por tres y cuatro veces
la corriente recorre
su cuerpo hasta llegar la muerte blanca.

En un penal en medio
del desierto templado
de la vieja Arizona
donde el silencio amargo
es señor que domina cuerpos y almas,
llegadas ya las doce,

por tres y cuatro veces
rebajan las bombillas
un instante su tenue
brillo de luz sin luz, de sed sin agua.

Y en el cuarto de guardia
los que escuchan la radio
notan que pierde vida
tres veces y hasta cuatro
veces pero ninguno extraña nada.
Y los presos aprietan
las manos en silencio,
intentando que el llanto
no dificulte el rezo
infantil de su trágica plegaria.

Cada abeja dormita
del panal en la celda,
ignorando el zumbido
de las otras abejas
que ya esperan nerviosas la alborada.
Cada abeja dormita
del panal en la celda
ignorando el silencio
de la abeja ya muerta,
esperando nerviosas la alborada.

Murió Tadeus Morgan
y los días se siguen.
Lo han olvidado todos
pues pronta está a cumplirse
otra sentencia más, otra descarga.
Cuchicheos secretos
a la orejan recitan
el nombre del siguiente.
Joey Santamaría,
el chico gris de la sonrisa blanca.

Joey no tiene pena
por la muerte de Morgan
ni miedo por la suya
que le roza la sombra
porque su amigo Morgan no lloraba.
Y camina arrogante

al cielo sonriendo.
Dice: "Mi vida ha sido
feliz, y ya estoy viendo
que mi muerte será valiente y rápida".

Pero un día les llegan
detalles de la muerte
de Morgan. Que sufrió
descargas cuatro veces;
que su negra melena se tornaba
en chispazos de fuego;
que dentro de la oreja
tuvo fuentes de humo;
que su boca reseca
de miedos y de ayes se llenaba.

Que sus ojos, cargados
de terror, daban vueltas
intentando posarse,
parándose en la puerta,
en la mano que baja la palanca;
y lloraban sus ojos
acíbar, hiel y miedo
mientras los fogonazos
iluminan su pelo
tres y hasta cuatro veces con descargas.
El miedo se hace dueño
y señor de la cárcel;
y todos los que aguardan
su turno irrevocable
huelen el miedo al aire de la albada,
y en miedo van mojando
el pan del desayuno
y de terror se llena
lo que antes era el puro
sabor a vida y a amistad del agua.

La flor de la sonrisa
de Joey se ha agostado
incapaz de vivir
con el cierzo soplando
gélido y sin reposo las mañanas,
las tardes y las noches
de la gris Arizona.

Lora Santamaría:
el terror lo devora,
su sangre dentro se le vuelve escarcha.

En el cuarto de guardia
sestean los del turno
al amor de la radio.
En el valle profundo
la vida sigue a su rueda montada.
En la ciudad, los hombres,
al alto del semáforo,
se saludan de un gesto.
Mientras, sigue llorando
Joey Santamaría,
su mirada de niño ahogada en lágrimas.